

José María Salvador González, *La Estética de San Buenaventura y su influencia en la iconografía de los siglos XIV y XV*, Madrid: Sínderesis, 2022, 262 p. ISBN: 978-84-19199-09-6.

La «estética introspectiva», emergente entre la mística del Duecento, los motetes politextuales o el *discantus* de la polifonía anterior al «irreverente y corrupto» *Ars nova*, la algarada sensual de los doce sonetos del *Ars amandi* y el impacto espiritual del *Laudes creaturarum*, cántico umbro de alabanza a la naturaleza y a las fuerzas terrenales, obedece a la exhortación agustiniana que preside la diáspora psíquica: «Noli foras ire».

Quizá la propuesta bonaventuriana sea el último estertor de la modesta *Ars antiqua*, antes de la violenta irrupción de la melodía «lasciva, indecente» que denuncia Jacobus de Lieja en su *Speculum Musicae*. Analíticos, Sophismata y Tópicos aristotélicos son la base formal de una nueva lógica que reorienta la controversia secular de los universales en un giro antropocéntrico que acabará por trasponer la inteligibilidad *ante rem* al entendimiento humano invirtiendo el sentido de tránsito entre las dos primeras estaciones de la travesía psíquica, una sediciosa gnoseología genética que prima *intellectualia intra nos* a *sensibilia extra animam*, atentando contra el canon escolástico: «nihil est in intellectu quod prius non fuerit in sensu» (en conjunción con el dictum: «nihil volitum nisi praeintellectum», define el curso funcional de potencias sensitiva, intelectual y volitiva con el que romperá la insurgente epistemología: primicia para el espíritu subjetivado serán los *intellectualia* endógenos, antecedente a toda noticia de *sensibilia* externos, y aun la voluntad se insinúa potencia *simpliciter* racional, espontáneamente autodeterminada en la praxis vital al margen de dictados tutelares del intelecto).

Congruentia partium, dimensiones metafísica y teósica de la belleza conciertan en la proporción, causa de la delectación por impacto racional de lo sensible. La *species*, epigénesis de la ejemplaridad, cobra base objetiva en la recíproca implicación (*pondus*) de dos principios, materia y forma, en compromiso ontológico acorde a medida. La forma restringe a la materia a un ser determinado, cifra la esencia universal, susceptible de actualización singular; el principio de intrínseca individuación plasma la *communicatio* o acción mutua de los dos ingredientes esenciales del hileomorfo individuado (*hoc aliquid*): la materia procura el *hoc*, la concreción existencial, la forma reporta a la materia su determinación (*aliquid esse*), si bien la doctrina franciscana de la *pluralitas formae in unitate entis* convoca a una sucesión de formas incardinadas en rigurosa jerarquía ontológica a la forma complectiva, el *lumen*, con la que cristaliza la relación modal esencia-existencia que Bonaventura propugna. Despunta la estética del *lumen*, una celebración de la luz como forma sustancial última de los seres naturales. Sobre esta sugerente premisa descansa el texto del profesor José María Salvador González. Las tres facultades del hombre (sensibilidad, espíritu y mente) se ordenan a las tres estaciones del itinerario agustiniano (*extra / intra / supra animam*), encauzada la libertad humana a la sínderesis.

Un lenguaje claro, afín al talante del Seráfico, incisivo en las fuentes primarias, desentraña aspectos alegóricos de la iconografía europea de los siglos XIV-XV bajo ese influjo, con especial énfasis en la mariana, a partir de presupuestos epistemológicos trabados con la caligrafía de un fino orfebre: el material bruto ha sido fundido en un vasto crisol, aliviado de impurezas, piezas de baja ley cribadas con diversas soluciones corrosivas de origen mineral sin alterar su micro-estructura, para obtener el alma sólida en sus diferentes facetas y escalas de color, vertida en hueco, sin recubrimientos de arcilla ni vetas de ámbar. El arte medieval, su exaltada vocación de interioridad, diseccionado en láminas finas para evitar roturas o tensas aleaciones, libres de abrasión, justa culminación de años de trabajo en el área del profesor de Historia del Arte en la Complutense, actual director de la excelente revista *De Medio Aevo*.

Los *vestigia Dei* sensibles, *sensibilia extra nos*, son el primer espejo en que el alma peregrina contempla signos de las opacas perfecciones divinas. Primera escala en el *Itinerarium mentis in Deum*, seres animados que albergan algo furtivo e innatural en su sustancia, los gérmenes de su propia corrupción, y aun entes inertes, en virtud del tópico «omne in quo est aliquid violentum vel innaturale, natum est ab alio moveri» (Tomás de Aquino, *Summa contra Gentes* I, 19), translucen el concurso indirecto de motores espirituales, su remota cooperación, y en última instancia, la intervención del motor inmóvil. El axioma metafísico invocado tiene ocasión epistemológica, de suerte que el escenario creatural es el mural en el que pueden rastrearse las huellas del creador en clave binaria (*in speculo / per speculum*) articulada sobre nodos cósmicos (temporales *corporalia extra nos / eviternos spiritualia intra nos / supremo spiritualissimum supra nos*) con gradación de jornadas de ascenso concomitante al *Hexaëmeron*. La doble clave especulativa abre la vía ontológica de la *quidditas* y la metafísica de la *significatio*, en la que el signo despliega su valor simbólico, imponiendo un «sesgo transcendentalista» a la estética bonaventuriana.

La luz externa de las cosas visibles y la interna de las imágenes psíquicas guían al entendimiento hacia los atributos transcendentales, deleitado por la belleza de toda creación conforme a la armónica proporción de sus elementos integrantes: *proportio in numeris, omnia esse numerosa*. El itinerario es una senda estética por su trazado primordial

en la que el intelecto pondera los *sensibilia*, abstrayendo *a loco, tempore et motu*, juzgando peso, número y medida, pues la extensión y latitud de formas celestes y entes sublunares proclaman la difusiva belleza del primer principio en *proportio aequalitatis*.

En el primer grado de ascensión, la especulación *per vestigia*, los sentidos asisten al entendimiento en una triple acción: contemplación de *sensibilia*, hallando en ellos *modus, species* y *ordo*, complementados por sustancia, potencia y operación; afirmación del papel creador de Dios (devenir, revelación y gracia confluyen en el *exitus* natural hacia el *reditus* final) e indagación racional para alumbrar el tríptico ontológico en un marco global de hilemorfismo (seres inertes, vivientes sensibles y espirituales, terrenales y supracelestes, incorruptibles estos, aunque dinámicos). En el segundo, la inteligencia viadora contempla a Dios *in vestigiis*, manifiesto el creador en las instancias cósmicas por esencia, presencia y potencia (el ritmo ternario es recurrente, como lo será en el *dolce stil novo* de la Divina Comedia). A la aprehensión de cualidades sensibles comunes (número, morfología y estado cinético) y específicas (color, textura, sonido...) acompaña la delectación suscitada por la proporción armoniosa, equilibrada disposición de partes por semejanza al ideal *supra rem (ratio exemplar)*, y a esta sigue el juicio (el juicio estético kantiano es también vía de progreso al noúmeno, ideal metaempírico de razón), de triple proyección: juicio del sensorio externo sobre cualidades objetivas (*sensus particularis*), del sentido interno (*sensus interioris*) sobre incidencias subjetivas, dilucidando la razón el motivo de delectación de ambos sensorios, la *proportio aequalitatis* extendida al tríptico ontológico referido.

En tesitura epistemológica, la especie inteligible es una semejanza del objeto (*similitudo obiecti*) que vehicula el conocimiento del mismo (*medium quo cognoscendi*) en la que se vislumbra la luz eterna del Padre y el esplendor coeterno del Verbo engendrado, figura de su sustancia. *In vestigiis*, en la virtud de las cosas cognoscibles de generar la especie de sí mismas, se adivina (*in speculo*) la generación intemporal del Verbo divino. El juicio conduce, con mayor eficacia y certeza que aprehensión y delectación, a la primera verdad, si ha de fundarse en razones perennes y universales que remitan a lo eterno: Dios es incoartable razón de todas las cosas y regla infalible, luz inagotable de verdad. La belleza de una creación consistiría así en la armonía natural de caracteres, una mensurada cadencia de cualidades y elementos concurrentes conforme a indeleble razón ejemplar que la convierte en vestigio primigenio para la guía hacia la infinita sabiduría del Artífice.

La «estética inmanente» —como la designa el profesor Salvador— de los vestigios cósmicos del creador permite al intelecto viador husmear entre las sombras para percibir las resonancias divinas (*omnes creaturae sensibilis mundi animum contemplatis ... ordinantis sunt umbrae, resonantiae et picturae*). En la vasta teofanía, el espectáculo de simulacros anuncia la *co-intuitio* en la que el hombre se torna cocreador, responsable de lo que le ha sido confiado en custodia para la elevación mística de lo visible a lo inefable (*invisibilia Dei a creatura mundi*), el *apex mentis* será también *apex affectus*, los entes mundanos son expresión del *bonum diffusivum*, diferentes medidas y «repercusiones» del inmutable modelo. Del *ipsum esse* en estática subsistencia, indebidamente entificado por identificación con la esencia (depositario el transcendental «ens» de analogías de atribución intrínseca y proporcionalidad en oficio nominal o como exponente participial del *esse*, delegada en el ser desnudo, no contraído por esencia, el aura divina), al transcendental «*bonum*» en activa e ilimitada difusión por *superabundantia*.

El texto se consagra al examen de la estética natural bonaventurista y a la exploración de su impronta en la pintura de Trecento y Quattrocento, el primer Renacimiento, la era del hallazgo de la profundidad y la perspectiva, superada la bidimensionalidad de la superficie pictórica, período de explosión del gótico internacional y florecimiento de centros comerciales y económicos independientes del poder eclesiástico y la aristocracia feudal. Desde la Instauración del Pesebre en Greccio o la Natividad de la Capilla Scrovegni de Giotto, una síntesis «casi abstracta del paisaje mineral» en la que el esmero realista del pintor con las formas y acciones que dan vida a la escena se mantiene fiel a los ideales estéticos del franciscano, al Guidoriccio de Fogliano (Simone Martini), pieza de contenido narrativo dispar en la que, no obstante, el «naturalismo virtual de lo simbólico y el aparato escenográfico» invitan al optimismo cosmológico del que está imbuida la seráfica concepción estético-teológica del mundo creado como «repositorio inagotable» de latentes vestigios del omnipotente.

La galería iconográfica en la que se desenvuelve el profesor Salvador para testar las tesis estéticas del Seráfico (especialidad vestigial cósmica y belleza esencial en un régimen de hilemorfismo universal) es amplia, un preciso recorrido por obras de Pietro y Ambrogio Lorenzetti, del propio Giotto, o de Agnolo y Taddeo Gaddi, análisis minuciosos atentos a una «periférica escenografía simbólica» tanto como al núcleo central de composiciones, en algunas de las cuales (Giotto: *Jesús entre los doctores del templo*; T. Gaddi: *Presentación de María al Templo...*) cabe advertir secuencias genéticas ternarias de elementos de configuración (arcos ojivos en planos intermedios, tríada de naves cruzadas o galerías transversales, bóvedas nervadas, ventanales bigeminados, tríos de figuras en disposiciones simétricas que emulan una suerte de danza interposicional, fuga metafórica hacia la *perijóresis* de hipóstasis trinitarias, o ternas de correspondencias rítmicas temáticas o estilísticas), de exquisito rigor y una delicada prosa, rica en matices, que subraya el valor objetivo de la realidad física, vertida a ámbitos dispares (religioso, épico, ...), pródiga en detalles, penetrante.

El ensayo que nos ocupa sondea las categorías existenciales en el universo simbólico de la antropología franciscana (presencia, relación, encuentro, acogida, diálogo, mirada, esperanza y primacía del individuo en un marco logocéntrico filial), incidiendo, explícita o subrepticamente, en las claves de su espiritualidad: primado de la tríada «bien-sujeto-libertad» sobre el trinomio «verdad-objeto-necesidad»; énfasis en la divinidad como *bonum diffusivum*, amor

que se revela en la creación (las criaturas serían signos vestigiales del misterio divino, una epifanía cósmica que rige el itinerario espiritual del alma en su estado de naturaleza destituida con peculiar relación entre razón y revelación, fundidas en un diálogo histórico abierto); estado de vía: peregrinación interior (viaje: interiorización, purificación, llegar a uno mismo desde la humildad y el desasimiento), uniformidad de estatus, simplicidad de atavíos y conducta, sentido de comunidad en tránsito, eclosión de la persona integral a partir de la múltiple, movimiento desde un centro mundano a una periferia sacra que deviene *axis mundi* para la fe individual (si la peregrinación exterior acentúa la *stabilitas in peregrinatione*, el peregrinaje interior acusa la *peregrinatio in stabilitate*), y, en fin, utopía del *animus* creador en la transparencia y la palabra, y el *anima* fecunda en la luz y el silencio.

Años de prolífica investigación testimoniados por artículos dispersos en revistas acreditadas (“The Second Level of St. Bonaventure’s Transcendent Aesthetics: Speculating the Divine Trinity Through the Good”, “Ideas estéticas de San Buenaventura como posible fuente doctrinal de la iconografía del Trecento italiano”, “La mariología de San Buenaventura como fuente de inspiración en la iconografía bajomedieval italiana”...) convergen en una obra tan ambiciosa como necesaria en un tiempo «falto de teología y geometría», premonición del excéntrico idealista de Nueva Orleans al que diera vida J. Kennedy Toole sobre la espiral anti-metafísica por la que discurren los frágiles días que habitamos.

Vicente Llamas Roig
Pontificia Universidad Antonianum (Murcia)
E-mail: v.llamasroig@um.es
ORCID: 0000-0003-4830-3003